

LA ÚLTIMA NOVELA DE HUGO GIOVANETTI VIOLA

¿LES MOLESTA MI AMOR? (EN ESTA VIEJA CULTURA FRITA)



por PABLO COSSIO

Este es el provocativo título del nuevo texto narrativo que HGV está en vías de publicar en su página WEB, a la cual puede accederse gratuitamente a través del link hugogiovanettiviola.uy La siguiente entrevista pretende funcionar como un espacio prologal donde el autor reflexiona sobre las consecuencias y los desafíos existenciales “pospandémicos” que parecen haber sacudido al mismísimo eje planetario.

-“¿Les molesta mi amor? (en esta vieja cultura frita)” se estructura en base al mismo diseño numerológico / geométrico que utilizás en varias de tus últimas novelas: 40 capítulos de 40 líneas cada uno, complejidad a la que se sobrepone una concepción minimalista y mixturada del lenguaje narrativo que introduce continuamente matices propios del género lírico. ¿Cómo fue surgiendo y se fue consolidando este formato que parece tan costoso de concretar?

-Yo pienso que esa necesidad de religarme con lo que podríamos llamar una depuración y una orfebrería de “irradiación gótica” a nivel micro y macro estructural obedece a la sed de trascendencia que me obsesionó ya desde la primera infancia, viendo trabajar a mi padre en un altillo del Paso Molino. Él se había integrado al Taller Torres García en el 50 y yo a los tres años lo escuchaba decir que “teníamos que vivir en lo eterno”. Hugo W. Giovanetti Sanna (1919-1979) fue además un precocísimo ajedrecista profesional y leía y escribía poesía con avidez desde la adolescencia, iniciándome en la “aprehensión auditiva” (porque en el 52 no existían los Jardines de Infantes y yo aprendí a leer recién a los 5 años) de los universos de Julio Herrera y Reissig, Federico García Lorca y Nicolás Guillén. Nada menos. Y ese “traslado oral” me permitía recitar fragmentos de “La muerte del pastor”, el “Romance de la Guardia Civil española” o el “Velorio de Papá Montero” como si tal cosa, lo que me conectó arquetípicamente mucho más con una gracia de profundidad y un sosiego rítmico de impronta medieval teocentrista que con la desparramada heterogeneidad del antropocentrismo moderno. Vale decir: desde el punto de vista de la “poética de la forma” yo siento que nací matizado por lo que Jung define como el “apogeo del mito cristiano” pre-renacentista, lo que tarde o temprano te direcciona a seguir redescubriendo un pasado muchas veces “impredecible” y oculto por la hegemonía del historicismo racionalista “guillotinator” y hasta “inquisitorial” del vuelo religioso implantado en el Occidente por lo que podríamos llamar “la barbarie ilustrada”. Y ahí caés en el tragicómico “neoquijotismo” que caracteriza al personaje principal de mi última novela. En cuanto a los “grupos simétricos” de corte lírico con los que busco reforzar el fluir de mi prosa te diría que a partir del cuentario “Cantor de mala muerte” (1978) me resultan imprescindibles. Y un día descubrí que esa forma de “musicalizar” y “colorear” el fraseado respondía a la decisiva influencia sinestésica que recibí a nivel inconsciente de la Sinfonía Concertante para vientos de Mozart, nunca entendí por qué.

-Yo pienso incluso que el personaje de Pochocho Rígoli, ese alter-ego de casi 80 años donde profundizás como nunca en el desafío de vivir inmerso en una exasperada situación límite kierkegaardiana / salingeriana, batalla para defender la validación de su propia existencia (que prioriza a la iluminación mística como forma de acceso a la verdad) frente a la vaciedad espiritual de este nuevo milenio. ¿Desde cuándo estás viviendo a nivel personal ese “desencuentro” tan marcado?

-Bueno, la trama de la ficción está ubicada en 2002, pero a nivel personal este “desencuentro” empezó a acorralarme tajantemente después de la pandemia: fue como el “sacudón del eje planetario” que se le produce al insufriblemente amenazado personaje de “El duelo” de Conrad cuando aparecen los padrinos del bonapartista psicopático a retarlo por última vez. Y esa especie de “aislamiento asfixiante” terminó de shockearme durante el viaje que hice a Viena a fines de 2023 para visitar a mi hijo el guitarrista (que en 2002 se radicó allá graduándose de Magister Artium y a partir de 2005 empezó a dedicarse en paralelo al tango hasta que logró imponer popularmente su multifacético talento y ya hace años que Ignacio Giovanetti está reconocido como el pionero introductor de la guitarra pierrista-grelera en Austria). Yo ya lo había visitado por primera vez en 2016 para estar presente en su casamiento, y en 2018 y 2022 fui invitado por la

“Asociación de Amigos Viena-Montevideo” a dar dos conferencias sobre el tema de la inserción “contraconquistadora” (Lezama Lima dixit) del arte americano en la cultura eurocentrista, pero recién ahora pude captar del todo que a nuestros comunes amigos hispanoparlantes no les interesa bucear en los arquetipos que nos vertebran teleológicamente desde la llamada “baja Edad Media”. Tienen un desinterés casi total en acceder a las claves de esa “religación salvífica” y viven aplastados por un “cielorraso sin metafísica” peor que el que reina acá. Y un día antes de volver Nacho me contempló con más cariño que tristeza y me dijo: “Che, viejo: ¿por qué no escribís una historia con un personaje que se sienta tan quijotesco como vos?”. Y al llegar releí por quinta vez el Quijote y dejé fluir en dos meses “¿Les molesta mi amor? (en esta vieja cultura frita)”.

-¿Y pensás que los lectores van a sentirse “eficientemente” interpelados por este planteo estético-ético de que tanto el trabajo artístico como el logro de una completud personal antes de enfrentarse a lo que Jung llamaba “la gran aventura” es literalmente un problema de vida o muerte?

-A mí “no me asusta el acertijo”, como dijo inolvidablemente Rabinovich en la payada de “Les luthiers”, aunque soy consciente de que en esta nueva era del “libro virtual” los lectores son menos calculables y más impredecibles que nunca. Por un lado estoy seguro de que va a haber gente que ya al leer el título y los acápites no tenga el menor interés en leer una novela sospechosamente vinculada con el tema del “salto místico” o la “iluminación” (como le pasó a J. D. Salinger cuando la segunda parte del díptico “Franny y Zooey” fue rechazada por el propio director del “New Yorker”, forzando a que interviniera el dueño de la revista para que se publicara esa maravilla que el fétido Norman Mailer acusó de estar escrita en un lenguaje de “colegio de señoritas”), pero por otro lado también sé que existen lectores, en su mayoría jóvenes, esperando un texto que los hipnotice interpelándolos eficientemente, como vos dijiste, hasta hacerlos bucear en la historia para poder religarse con nuevos referentes verticalizadores que forman parte de la tradición universalista. En ese caso, la ya vieja “cultura frita” (Indio Solari dixit) de la modernidad se renovaría reenganchándose con una visión / misión de la llamada “belleza mágica” que alimenta a la tribu humana desde que fue necesario “cazar” simbólicamente a los bisontes en las cavernas paleolíticas para pacificar los vértigos que nos generan las “verdades relativas” solamente apoyadas en la incompletud de los discursos científico y ético (Bajtín dixit). Si no se genera una triangulación filosófica adecuada con una estética irreductiblemente simbólica seguiremos desbarrancándonos en la fatal decadencia que provoca el voraz progreso de una tecnología espiritualmente mutilada por el capitalismo consumista.

-En ese sentido, en tu novela se detectan dos “bandos” enfrentados: los que acusan a “Don Pochocho de la Mancha” de ser un viejo delirante y los que le respetan el apasionamiento redentor que se entronca con Dante, Cervantes, Jung, Artigas y el Negro Jefe, entre otros referentes de la trascendencia traicionada fundamentalmente a partir de la filosofía spinoziana. ¿Cuál pensás que es el mayor daño producido por ese especulativo “Dios” spinoziano al que reverenciaron los mismísimos Einstein y Borges?

-Bueno, tal vez Alberto Methol Ferré te contestaría lo mismo que San Pablo: al demonio hay que temerlo más que nunca cuando aparece disfrazado de ángel de luz. Porque Spinoza tuvo la astucia (al estilo del habilísimo Maquiavelo) de seguir nombrando a Dios “como si existiera” y en el nombre de un progresismo ético y republicano llamado a batallar tanto contra los déspotas ilustrados como contra el catolicismo vaticánico. Y además todavía les daba la chance (aunque nada más que a los poquísimos elegidos para acceder al supremo “tercer grado” de un “conocimiento estrictamente racional” que desechaba al sublime misterio de los mitos además de pretender “domesticar” la que consideraba prepotente rebelión de las masas) de “sentirse a la altura” de un Creador que no existía. Pienso que el “humildismo” de Spinoza llega a un grado de soberbia y aristocratismo filosófico casi insuperable. Y ese gambito se fue transformando, para la masonería, en una herramienta de dominación más importante que la pólvora.

-En tu novela también se contraponen dos visiones del arte que generan un claroscuro tan radical como el de la pintura barroca. Por un lado encontramos a dos “licenciadas” con masters hecho en Estados Unidos que son incapaces de distinguir la “literatura irradiadora de ‘gratia plena’” de la “literatosis” (Onetti dixit), y por otro lado una limpiadora doméstica, “la Pati”, congénitamente dotada para garabatear poesía de gran calado incluso con tremendas faltas de ortografía. ¿Pensás que es necesario cierto “salvajismo culturoso” para ponerse en contacto con el incanjeable jardín interior?

-Mirá: en 2013, cuando yo ya me había exiliado en el Cuartel Artiguista de la calle Lepanto, el plástico Horacio Herrera (padre de mi nieta Emilia y pariente directo del “Imperator”) me regaló una preciosa obra abstracta y al otro día me visitó un poeta innegablemente talentoso y “cultivado” para recoger un libro que me había prestado el año anterior y estuvimos charlando un rato y cuando se iba le pregunté qué le parecía el nuevo cuadro que tenía colgado y lo miró un momento sin inmutarse y fue obvio de que ni siquiera se daba cuenta si le interesaba. Y al otro día vino la pueblerina limpiadora que le lavaba la cara al cuartelito cada quince días y apenas entró señaló encandilada el cuadro de Horacio y sonrió: “Pa. Esa luminosidad le cambió la casa”. Así que sacé las cuentas, como le gustaba decir al Tucho Methol Ferré.

-¿Pensás que estamos “llamados a ser algo” en particular?

-Jung decía que cada criatura nace conformada por un “patrón psíquico propio” y consideraba que “descubrirse” y “completarse” atendiendo a esa direccionalidad fructíferamente identificatoria es un problema ético muy sacrificado que puede enloquecerte o hasta costarte la vida. Y cuando estás viejo te das cuenta que la mayoría de la gente que se deja aplastar o asfixiar por la semiceguera cultural que nos impone el establishment (y que Platón metaforizó insuperablemente en el mito de la caverna) ni siquiera llega a existir. Es terrible. Martí sentenció que “la esclavitud de los hombres es

la gran pena del mundo” y dio la vida muy joven batallando contra la petrificación que siempre trata de imponer el poder abusivo.

-Igual que el personaje-carozo de tu novela Jerónimo Rabí, el cardiópata incurable que da la vida violando a una muchacha sidosá para hacerla morir enamorada del atardecer.

-Sí. Pero aclaremos que Jerónimo Rabí no funciona como uno de mis alter-egos porque logra acceder a una santidad que a mí me queda grandísima. Al lado de él yo soy un pobre neurótico bienintencionado, nada más. Jamás tuve ese vuelo.

Abril de 2024